

La pandemia del COVID-19 y sus consecuencias

Fernando Córdova Bossano

* Embajador (s.p.).

Nunca el mercado mayorista chino de la ciudad de Wuhan habría avizorado que este nombre hubiese –sobre todo desde 2020– dado varias veces la vuelta al mundo y hubiese concitado todo tipo de información, elucubraciones y hasta sospechas, hoy descartadas, de que el virus SARS-CoV-2, denominado Covid-19, haya sido producido artificialmente en un laboratorio. Las investigaciones científicas lo desmienten.

Bien se ha expresado, y todos los días lo constatamos, que lo único que no cambia es el cambio. Esta es una ley universal. Una evolución permanente, un incesante cambio con colaboración de la ley universal de la entropía que nos dice que del orden se pasa al caos.

Y aunque no me corresponde ni soy un entendido en epidemias y pandemias para referirme a esta desde su biología, prevención y, acaso, tratamiento, sí quiero mencionar lo que podrían constituir algunos de sus efectos, ya sentidos unos y otros y los por venir.

Bien se ha expresado, y todos los días lo constatamos, que lo único que no cambia es el cambio. Esta es una ley universal. Una evolución permanente, un incesante cambio con colaboración de la ley universal de la entropía que nos dice que del orden se pasa al caos.

La globalización que vive el mundo y la rapidez del transporte aéreo fue un factor determinante para la rápida e intensa propagación del Covid-19 en todo el planeta.

Fue ejemplar la convergencia de los científicos y las empresas farmacéuticas del mundo para aprovechar experiencias anteriores sobre otras investigaciones conexas, superar etapas y producir en poco tiempo respuestas y alternativas de vacunas preventivas o atenuantes de la epidemia –luego pandemia– que, inoculadas, han evitado un contagio catastrófico a nivel mundial.

Ya la pandemia evidenció una gran asimetría entre los países desarrollados y los en vías de desarrollo, tanto para la producción de las vacunas como para su distribución y efectiva utilización en la población. Un mundo desequilibrado que todavía no ha sido capaz de sacar de la pobreza a un muy elevado porcentaje de la población –menos a los 800 millones de pobres absolutos que nacieron pobres y miserables morirán, y acaso sus hijos también–.

Ello nos plantea la necesidad de que la comunidad internacional asuma la ética de practicar lo que predica a través de los convenios, acuerdos y normas internacionales que tejen la red de la convivencia entre seres humanos desiguales, cada quien con su huella digital singular en el índice y su huella dinámica en la conciencia intransferible, aunque, como tales, iguales en dignidad y derechos, como proclama la Declaración Universal de los Derechos Humanos con razón.

La pandemia de Covid-19 no solo fue un aviso de que debemos asumir como política de primera prioridad el mejorar las respuestas de salud y la vida misma, sino, además, una realidad que demostró que su eficacia mortal condenó a muchos y salvó a pocos hasta que las vacunas revertieron el proceso. Deben, por tanto, replantearse las respuestas de las naciones y de los organismos internacionales, ONU y Organización Mundial de la Salud (OMS), en especial, para que el mayor desarrollo de los países signifique el desarrollo de la salud, la educación y el crecimiento económico, social y cultural.

Existe un consenso de que cuando las pandemias se extienden por las sociedades, trastornan estructuras críticas, como

los sistemas de salud y los tratamientos médicos y la vida económica, social y cultural, y lo que respecta a las estructuras socioeconómicas de clase, las relaciones sociales y el andamiaje institucional fundamental, la vida de las comunidades, la vida familiar cotidiana, las relaciones de trabajo, el trabajo en sí mismo, presencial o virtual, ciertos usos y costumbres y, en fin, lo que significa la vida individual y lo que representa la dinámica colectiva.

Muchos encuestados por Pew Research prevén un empeoramiento de la inequidad en el nivel de las poblaciones vacunadas con segunda y tercera dosis, la desigualdad económica, en particular por la falta de acceso a los sistemas digitales, la mejora de las empresas de tecnologías, la manipulación de la información por ciertos gobiernos –en especial los autoritarios–, y también en contraste, aseguran nuevas formas dirigidas a la justicia social y a la equidad social, la mejora de la calidad de vida de muchas familias y trabajadores en los países más avanzados y adelantos tecnológicos, en particular, digitales. Sin embargo, la realidad hoy por hoy, primer trimestre de 2022, está demostrando que mientras subsiste la pandemia y se enervan las economías, la desigualdad social crece junto con la inseguridad. El caso ecuatoriano es un ejemplo entre muchos otros de países en vías de desarrollo.

Mientras más se agudice la pandemia con sus variantes, más prioridad debe tener la justicia social y la creación de fuentes de trabajo a través del incentivo de la inversión nacional y extranjera, en el marco de una adecuada seguridad jurídica y estabilidad institucional. Este es un desafío no solo del Gobierno Nacional,

sino de todas las instituciones, de los medios de comunicación, de la academia y de la población en su conjunto. Debemos formar una suerte de «Minga de Salvación Nacional», aprovechando, inclusive, la presencia de un gobierno respetuoso de los valores de la democracia y de las columnas de la república.

Siguiendo el curso de los efectos y las enseñanzas de la pandemia, esta nos señala la necesidad de invertir mayormente en salud y en educación; en la necesidad de prevenir para luego poder prevalecer con ventaja; y de prepararnos con las herramientas del conocimiento para responder con acierto y oportunidad, teniendo presente que esta pandemia no fue la primera ni será la última, algo que nos obliga a permanecer en guardia siempre.

Siguiendo el curso de los efectos y las enseñanzas de la pandemia, esta nos señala la necesidad de invertir mayormente en salud y en educación; en la necesidad de prevenir para luego poder prevalecer con ventaja; y de prepararnos con las herramientas del conocimiento para responder con acierto y oportunidad, teniendo presente que esta pandemia no fue la primera ni será la última, algo que nos obliga a permanecer en guardia siempre.

La respuesta del presidente Lasso y del Ministerio de Salud frente a la pandemia y al proceso de vacunación fue excelente. Un país pobre, chico y débil, cumpliendo con la defensa de la salud y la vida de su población

gracias a un gobierno democrático y cumplidor de sus deberes. Esto nos induce a la necesidad de mantener y ejercer una democracia responsable, de modificar el antidemocrático y mal llamado Código de la Democracia para crear partidos políticos serios, programáticos, con ideario definido, con elecciones internas, que se trasformen en una auténtica infraestructura de la democracia y no en partidos y movimientos a la carta, que se venden al mejor postor. Y, claro, prepararnos para los procesos electorales y durante las elecciones, aplicar la sentencia de Churchill: «Cada ciudadano, un voto; y cada voto, un valor».

Lo vivido nos enseña, asimismo, que el voto debe ser un deber cívico ejercido con ética, y la necesidad de invocar una ética de Patria que se transforme en el voto salvador para todos los niveles de la administración central y de otras administraciones autonómicas, provinciales y cantonales. Precisaremos así nuevos liderazgos políticos y renovados liderazgos sociales. Democracia responsable bajo el Estado de Derecho, con la égida de los principios, de la ley y de una auténtica participación ciudadana con ética y sentido de grandeza nacional.

Existe un inmenso problema que ha venido a agravar la pandemia, aunque para nada se derive directa o indirectamente de ella: la agresión armada y la invasión rusa al territorio de Ucrania, en contra de los principios y normas del Derecho Internacional y del Acuerdo de Budapest de 1994 entre Rusia Ucrania, Reino Unido y Estados Unidos, con ocasión de que Ucrania entregara su arsenal nuclear a Rusia a cambio de garantías de paz, seguridad y su integridad territorial, violada ahora por Rusia, precisamente, uno de sus garantes.

El desenlace es imprevisible, pero el efecto en la economía mundial será muy grave, y más todavía si lo añadimos al ya causado a la economía por la pandemia.

Preocupados por la paz y la seguridad mundial y por el desarrollo de las exportaciones e importaciones necesarios, es posible que el mundo descuide su lucha contra el cambio climático y que este avance más de lo que nosotros podemos hacer para disminuirlo. Esto podría convertirse de amenaza real en tragedia irreversible.

No hay duda de que después de la pandemia, cuando esta se transforme en endemia dentro de cada país, habrá una nueva normalidad en la que ciertas previsiones y prevenciones sanitarias serán ya una costumbre positiva: a veces uso de la mascarilla, frecuente lavada de las manos, cierta distancia social, ausentismo en grandes concentraciones o en aglomeraciones peligrosas de contagio, mayor conciencia por la vacunación que previene un contagio grave y hasta la muerte, más cuidado para evitar las variantes del virus, empeño de la comunidad internacional para que no quede un sector grande de pueblos sin vacunarse completamente, el trabajo a distancia y hasta ciertas consultas médicas vía zoom, en fin la lista es casi inagotable. Lo importante sería que el cambio y los nuevos usos y costumbres sean para el bien y no para complicarnos la vida y hasta nuestra inmunidad, que no es absoluta.

Por otro lado, la pandemia demostró que muchos de los trabajadores que ejercieron su oficio desde sus hogares fueron bastante productivos laborando en seguridad y que el trabajo en casa puede comenzar a complementarse con el trabajo en su lugar habitual. Todo esto forma parte del

cambio y de la evolución paulatina de toda sociedad.

Según expertos de la BBC, existen 12 aspectos en los que cambiaron radicalmente nuestras vidas:

1. En tecnología: *Seremos dependientes de la tecnología por largo tiempo.* (Zoe Kleiman, Periodista de Tecnología de la BBC).

2. En consumo: *¿Dejaremos de comprar ropa?* (Emma Simpson, Corresponsal de Negocios).

3. Manejo del tiempo: *¿Habrá desaparecido la hora presente?* (Por Simon Jack, Editor de Negocios).

4. Viajes: *Menos vuelos pueden hacer subir los precios.* (Por Tom Buridge, Corresponsal de Transporte).

5. Enseñanza: *¿Clases virtuales por un largo rato?* (Por Branwen Jeffreys, Editor de Educación).

6. Combustibles y medioambiente: *¿Demanda de combustibles fósiles o energía verde?* (Por David Shukman; Editor de Ciencia).

7. Deportes y salud: *Fútbol... de vida o muerte.* (Por Natalie Pirks, Corresponsal de Deportes) Ahora la FIFA ha tomado distancia con Rusia.

8. Industria cultural: *¿Podrán recuperarse los cines y los teatros?* (Por Will Gompertz, Editor de Artes).

9. Comunidad y convivencia: *¿Seguiremos siendo buenos vecinos?* (Por Mark Easton, Editor de Asuntos Locales);

10. Seguridad social y sanidad: *¿Necesitará refuerzos el sector asistencia?* (Por Alison Holt, Corresponsal de Asuntos Sociales);

11. Comercio: *El Comercio Internacional sobrevivirá.* (Por Dharshini David, Corresponsal de Comercio Global).

12. Política y conflictos: *La pandemia no eliminó las tensiones globales.* (Por Janathan Marcus, Corresponsal de Defensa. Bueno, la agresión de Rusia a Ucrania, lo confirma.

Barry Chudakov, Director de Sertain Research, sostiene que la sociedad deberá adaptarse a «múltiples aceleraciones simultáneas» y añade que «el Covid-19 será seguido por otras pandemias, el cambio climático se acelerará, habrá cada vez más refugiados sin hogar y la devastación de los suelos aumentará». Por su lado, Craig Silliman, sostiene que «el Covid-19 ha distanciado físicamente a las personas, pero, en el fondo, las ha acercado. La pandemia ha cambiado nuestro comportamiento, comenzando por los hábitos de trabajo y por las reuniones vía zoom».

Existen opiniones como la de Marcel Fafchamps, de la Universidad de Stanford, que estima que la pandemia aumentará la desigualdad económica y social, así como el desempleo y el subempleo. Otros, como Pal Jones, profesor de la Universidad de Carolina del Norte, cree que sus efectos serán: a) pagos sin efectivo; b) organizaciones y empresas sin oficinas y c) acceso distribuido a la educación.

Analistas estiman que estamos más cerca del fin que del comienzo de la pandemia. Pero, para que este final se convierta en realidad en este año 2022, según la OMS

Analistas estiman que estamos más cerca del fin que del comienzo de la pandemia. Pero, para que este final se convierta en realidad en este año 2022, según la OMS es necesario reducir la desigualdad en la distribución de las vacunas y que al menos el 70% de la población mundial reciba dosis inmunizantes en los próximos meses.

es necesario reducir la desigualdad en la distribución de las vacunas y que al menos el 70% de la población mundial reciba dosis inmunizantes en los próximos meses. El fin de la pandemia no significará el fin del coronavirus. Habrá contagios y muertes, pero no colapso de hospitales.

La ONU señala que se producen 1.500 millones de vacunas al mes, pero que su distribución es «escandalosamente desigual». Existen miles de millones de seres humanos que no han sido vacunados, según Antonio Guterres, Secretario General de Naciones Unidas, quien, además, urgió a combatir la desinformación sobre las vacunas.

De acuerdo con cifras de la OMS, hasta el 14 de febrero de 2022, se han aplicado primeras dosis al 62.4% de la población mundial de 7.800 millones de habitantes, y dosis completas al 54.5% y dosis de refuerzo o terceras dosis a un 15.3%. En este sentido, el Director General de la OMS declaró que 116 países corren el riesgo de no alcanzar el objetivo global de que un 70% de la Humanidad se haya vacunado contra el Covid-19 hasta mediados de 2022, a fin de alcanzar la denominada inmunidad de grupo. Toda esta situación,

como la de bajar la guardia –bien han dicho connotados especialistas–, «crea las condiciones ideales para que emerjan nuevas variantes del coronavirus».

En general, podemos afirmar que la pandemia agravó la crisis económica de los países y la agudizó en mayor o menor grado según su nivel de desarrollo, pero tal crisis complicó la adopción de medidas para detenerla, en especial a través de la vacunación masiva. Se creó un círculo pernicioso, ahora agravado por la crisis de seguridad y la previsible grave afectación económica global por el conflicto iniciado en Ucrania por la agresión de Rusia. No existe duda alguna de que la invasión de Rusia a Ucrania inicia una nueva era para Europa, claro, con impacto generalizado en el inmediato, mediano y largo plazos. Es previsible que Putin terminará invadiendo toda Ucrania, depondrá al actual Presidente Volodymyr Zelensky y designará un gobierno títere y funcional a Rusia y a sus intereses geoestratégicos. Ello aumentará la inseguridad mundial.

Hasta el inicio de la pandemia en diciembre de 2019 y la invasión rusa a Ucrania, el 24 de febrero de 2022, podría afirmar que la humanidad se encontraba, en relación a épocas pasadas, en su mejor momento en calidad de vida y estabilidad. Se redujo en general la pobreza mundial, así como la infame pobreza absoluta, y se robusteció una importante clase media. Sin embargo, numerosos y graves problemas seguían presentes, como el cambio climático, las migraciones, la desigualdad global y la propia paz y seguridades mundiales en diferentes focos de conflictos, a pesar de los esfuerzos para superarlos.

En el futuro habrá una gran diferencia entre el mundo que queremos vivir y el mundo

de endemia y beligerante multipolaridad, en que lograremos, en efecto, vivir.

El mundo se aboca, entre otros, a varios desafíos principales: robustecer la aplicación de los principios y propósitos de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas; asegurar la paz y la seguridad internacionales, incluido el neutralizar el peligro de una guerra digital o cibernética, capaz de evaporar datos, destruir sistemas y provocar colapsos funcionales en empresas civiles y militares y en gobiernos; crear un sistema de prevención pandémica mundial; alcanzar el desarrollo sostenible en especial de los países más necesitados; controlar, frenar y si posible, revertir el cambio climático; y obtener que el imperio y el ejercicio de los derechos humanos sea una realidad cada vez más completa, eficaz y universal.

Precisamente en vinculación con el problema actual de la violación de la paz y la seguridad internacionales, escribí hace pocos días en redes sociales, lo siguiente:

«Hoy, ya jubilado de la profesión, pero jamás jubilado como ciudadano universal, señalo, en el ocaso de mi vida –en el que con mayor razón desearía ver luz y no oscuridad–, que por 45 años he sido diplomático ecuatoriano de carrera e inclusive, entre otros cargos, Representante Permanente Alterno del Ecuador ante la ONU en Nueva York y también profesor universitario de Derecho de la Integración y de Derecho Internacional Público, y puedo, entonces, afirmar que es inadmisibles e intolerables, a esta altura de la evolución de la Civilización Humana, que el Derecho Internacional sea como una trampa de telaraña que el fuerte la rompe y el débil queda atrapado. ¡Terrible para

la Humanidad y, peor todavía, cuando el agresor es una potencia nuclear!».

La civilización humana avanza en el contrasentido histórico de erosionar la grandeza de la condición humana y de proyectarla cada vez más dignificada. Mientras más se violen los principios y valores, las normas vinculantes del Derecho Internacional y los derechos humanos universales inherentes a toda persona, más debemos luchar y perseverar en esta batalla por la vida y su trascendencia.

La civilización humana avanza en el contrasentido histórico de erosionar la grandeza de la condición humana y de proyectarla cada vez más dignificada. Mientras más se violen los principios y valores, las normas vinculantes del Derecho

Internacional y los derechos humanos universales inherentes a toda persona, más debemos luchar y perseverar en esta batalla por la vida y su trascendencia. Debemos formar ciudadanos del mundo y una ciudadanía global entre intelectuales, científicos y académicos en una conjunción de voluntades éticas por el planeta, por la vida presente y nuestro futuro y por las generaciones venideras, hasta cuando sea posible. Y tal determinación y sus resultados deberían convertirse en luz para los pueblos y sus gobiernos.

Deberíamos recrear, en definitiva, una Naturaleza respetada, pródiga y amigable y un Ser Humano, representante de la única raza Homo que, desde los últimos 28 mil años, existe sobre la Tierra, la Humana, para que así seamos dignos de vivir un presente de racionalidad, paz y bienestar, capaz de generar un futuro que sea más una garantía promisorias de vida y no un horizonte de luchas, de caos y de angustiosa incertidumbre.